

teatro, es de figura elíptica, y en sus bordes existen aún muy visibles los cimientos de aquel ancho parapeto, franqueado en los cuatro puntos cardinales por torres circulares, hoy arruinadas. Detrás del muro, y en el taluz que formaba lo que hemos llamado anfiteatro, habíanse construido almacenes y habitaciones abovedadas, de las que sólo subsisten la menor parte, las demás están destruidas ó cegadas. Los vestigios que restan aún manifiestan que algunas escaleras permitían bajar al círculo inferior ó arena central. En todo lo que resta de las obras, escribe Sauley, no se encuentra por desgracia ni una sola piedra labrada, y si, como se asegura y podremos deducir de la historia, fué aquello un palacio famoso por su ornamentación suntuosa, todo ello ha desaparecido.

Un devoto peregrino en sus apuntes de viaje acerca el lugar que nos ocupa escribe lo siguiente: «Llegamos al pie de una alta montaña que dista una hora de Belén. Está aislada. La he oído titular montaña de los franceses; en el país se la llama Paraíso... Después de haber pasado por esta subida difícil llegamos á la cumbre, donde encontramos ruinas de un grande castillo que la cubrían toda: vimos todavía excavaciones, caminos cubiertos, pero todas las murallas y torres estaban derribadas, de suerte que apenas podían divisarse los cimientos.»

Es el fuerte conocido con el nombre de Herodium, y para muchos Bethacara ó Bethzacara de la Sagrada Escritura. Esta opinión es muy aceptable, pues Josefo y San Gerónimo dicen que estos lugares estaban situados en las inmediaciones de Thecua, á tres leguas al Sudeste de Jerusalén, que es puntualmente la distancia que hay entre esta ciudad y la Montaña de los Francos: por lo tanto, si por estos nombres no se entiende la misma ciudad Herodia ó Herodium, se refieren cuanto menos á ciudades que debían estar muy inmediatas.

Judas Macabeo se había alejado de la fortaleza de Bethsura para atraer á Antíoco Eupator y á Lysias hacia Bethzacara, que quiere decir *Casa de la memoria*. Levantando Judas el sitio del alcázar de Jerusalén dirigió sus tropas hacia Bethzacara, frente del campamento del rey. Levantóse éste antes que amaneciera, é hizo marchar apresuradamente su ejército por el camino de Bethzara. Preparáronse ambos ejércitos para el combate, y dieron la señal con las trompetas, mostrando á los elefantes vino tinto y zumo de moras á fin de incitarlos á la batalla con la vista de este color. Distribuyeron estos animales por las legiones, poniendo al rededor de cada elefante mil hombres armados de cotas de malla y morriones de bronce, mas quinientos hombres escogidos de caballería. Las tropas se hallaban anticipadamente en donde quería que había de estar el elefante y sin apartarse nunca de él, iban á donde él

iba. Sobre cada uno de los elefantes había una fuerte torre de madera, que les servía de defensa, y sobre la torre había máquinas de guerra; yendo en cada torre treinta y dos hombres esforzados, los cuales peleaban desde ella; iba además un indio encargado de gobernar la bestia. El resto de la caballería, dividido en dos trozos, lo colocó en los flancos del ejército para excitarle con el sonido de las trompetas; y con el fin á la vez de tener así encerradas las filas de sus legiones. Así que salió el sol é hirió con sus rayos los broqueles de oro y de bronce, reflejaron éstos la luz en los montes, resplandeciendo como antorchas encendidas. Y la una parte del ejército del rey caminaba por lo alto de los montes, y la otra por los lugares bajos, é iban avanzando con precaución y buen orden. Asombrábanse todos los moradores del país á las voces de aquella muchedumbre, y al movimiento de tanta gente, y al estruendo de tantas armas, pues era grandísimo y muy poderoso aquel ejército. Mas adelantóse Judas con sus tropas para dar la batalla, y del ejército del rey murieron seiscientos hombres. Eleazar, hijo de Saura, observó que un elefante iba regiamente enjaezado, y que era más alto que todos los demás, y juzgó que sería el cabalgado por el rey; corrió animosamente hacia el elefante por en medio de la legión, matando á diestro y á siniestro, y atropellando á cuantos se le ponían delante; y fué á meterse debajo del vientre del elefante y le mató: pero cayendo la bestia encima de él, le dejó muerto. Así se sacrificó por libertar á sus hermanos. La acción heroica de Eleazar es justamente celebrada, pues creyó dar la victoria á su pueblo dando la muerte al rey ó caudillo enemigo.

Bethacara en hebreo Bethhakerem, significa *Casa de la viña* por la abundancia y excelencia de los viñedos que allí había; era una fortaleza construída en una montaña. Viendo el Señor que á pesar de la predicación de Jeremías el pueblo no se convierte, pronuncia contra éste la sentencia final, y confirma á Jeremías en su ministerio. Así empieza el anatema por boca del profeta: «Esforzaos, oh hijos de Benjamín, en medio de Jerusalén y tocad el clarín de guerra en Thecua, y alzad una bandera sobre Bethacara, porque hacia el Septentrión se deja ver un azote y una calamidad grande.» Leemos en Esdras: «Y Melchías, hijo de Rechab, príncipe del cuartel de Bethacara, edificó la puerta del estercolero; él la edificó, y asentó sus puertas, y cerrojos y barras.

Créese que la fortaleza de Bethacara adquirió particular importancia con las obras construídas por Herodes. Este príncipe fué perseguido por los partos y judíos partidarios de Antígono, huerta cerca de Bethacara. Llevaba consigo á su madre y hermana, á Mariamna su despo-

sada y otros parientes, dirigiéndose al fuerte de Massada, cuando fué atacado por los enemigos á sesenta estadios de Jerusalén, á los cuales desbarató en un sangriento combate. Cuando ciñó después la corona, quiso conmemorar su triunfo, edificando en el sitio donde alcanzaron esa victoria un palacio y fundando una ciudad que llevó el nombre de Herodia, que es el mismo que llevaba la fortaleza que construyera antes en las fronteras de Arabia.

«Hizo construir, dice Josefo, en una montaña por la parte de Arabia, un castillo muy fuerte, como también á una eminencia artificial que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y más abajo cercóla de torres redondas, edificó palacios que no solo eran ricos por dentro, sino tan magníficos en su exterior, que era imposible dejar de admirarlos. A toda costa mandó traer de muy lejos abundantísimas aguas, y se subía allí por una escalera de doscientas gradas de mármol blanco. Al pie de la colina construyó también otro palacio para hospedar á los amigos; era tan espacioso y abastecido de cuanto podía apetecer el gusto, que á considerarlo exclusivamente por la grandeza y abundancia, se habría tomado por ciudad; pero bien se conocía por su magnificencia que era una mansión real.» Al rededor, en el llano, había otras casas opulentas y tan numerosas que hubieran podido formar una ciudad cuyo magnífico castillo podía considerarse como la ciudadela.

No se limitó á eso el fastuoso fundador sino que á él se debe la formación del monte, que por la regularidad de sus líneas, diríase ser obra humana; sin embargo, las palabras de Jeremías que hemos apuntado antes, la circunstancia de haber encontrado en las inmediaciones otras montañas cónicas parecidas, las dimensiones de ésta que tiene cuatrocientos pies de altura por ochocientos de circunferencia, y las mismas palabras de Josefo hacen creer y prueban evidentemente que únicamente la naturaleza pudo realizar aquella obra y Herodes se limitó á regularizarla.

Tan enamorado estuvo Herodes de aquella singular creación de su fantasía que al morir en Jericó este príncipe roído por los gusanos y sufriendo horrorosamente, dejó expreso mandato de que en ella se le diese sepultura; lo cual cumplió, con regia pompa, su hijo y sucesor Arquelao. El cadáver de Herodes fué conducido en un ataúd recamado de oro y piedras preciosas; llevaba en la cabeza corona y diadema y en la mano el cetro; junto al féretro estaban sus hijos y parientes, escoltando aquella triste comitiva un ejército de tracios, germanos y galos precedidos de los dorifeos ó la guardia real hebrea; cerraban el fúnebre cortejo quinientos esclavos ó servidores del rey difunto con pebetes-

ros, de los que se exhalaban fragantes perfumes. Así recorrió la comitiva doscientos estadios, equivalentes á diez leguas, hasta llegar á Herodia donde se dió al cuerpo sepultura, celebrándose antes magníficos funerales.

Herodia fué una de las toparquías creadas en Judea; cuando los romanos se apoderaron de Jerusalén era ya guarida de bandidos que fué tomado por Lucilio Basso. En el siglo V Félix Fabri da á esta fortaleza el nombre de Betulia, y encomia la feracidad de su comarca. Dice que una enfermedad epidémica fué la única causa de su rendición á los infieles, lo cual concuerda con que lo que afirman otros historiadores, esto es, que los franceses habían fortificado el castillo de Herodia para defender los Santos Lugares, y que se sostuvieron allí por muchos años contra los infieles, no cediendo hasta que se vieron forzados por el hambre. De la residencia de los franceses en aquella cumbre proviene sin duda el nombre de *Monte de los Francos*. Es general en aquel país la tradición de que los caballeros de San Juan, después de destruído el reino de Jerusalén, se sostuvieron en este fuerte por espacio de cuarenta años; pero el hecho no resulta acreditado y por lo tanto hay que poner en duda su exactitud.

Del soberbio monumento erigido por Herodes poco ó nada queda en la actualidad, á no ser su debilitado recuerdo. En la cima de aquella montaña todavía se reconocen algunos cimientos de las torres, como también vestigios de las paredes de aljibe, lo único que resta de magníficas construcciones. Los acueductos, las escaleras de mármol, los palacios y hasta la ciudad, todo ha desaparecido hasta el punto que los viajeros no reparan que hubiese habido jamás al pie de la colina una sola habitación, ni reconocen el sitio donde estaban los palacios descritos por Josefo; véñese tan solo ruinas y escombros cuyo polvo va barriendo el viento; y desde aquella cima, en vez de los magníficos edificios que la circundaban, sólo se divisan áridos collados, llanuras calcinadas y, y excepción hecha de las miserables chozas de Beit-Tamar, soledad y desolación, sin un sér viviente que anime el triste paisaje, si un árbol ni un tallo de hierba.

Después de examinar con vivo interés esas antiguas ruinas, escribe un sabio peregrino, tendí la vista á mayor distancia. El sol se ocultaba detrás de los montes de Efraim coronando con sus postreros rayos el monte Nebo que se alza á la orilla opuesta del mar Muerto en el centro de la tierra de Moab. El valle del Jordán se extendía hacia el Norte hasta perderse á la sombra de los montes de Samaria. A mi alrededor no había más que colinas áridas y abrasadas llanuras; un color

ceniciento cubría este grandioso paisaje, donde sólo reinaban la soledad y la desolación. A excepción de dos ó tres casas de Belén, yo no veía ningún lugar habitado, ningún sér, ningún árbol, ni siquiera un tallo de hierba. El mar Muerto estaba á mis pies como un sombrío abismo que parece ocultar la memoria de los crímenes que encubre. En los valles no resonaban los cantos de los pastores, y el quieto mar ni removía sus olas, ni exhalaba el menor murmullo. Las ondulaciones de la llanura parecían montones de ceniza y polvo; no parecía sino que había sido borrado de la herencia de Judá un mundo destruído por la cólera de Dios. Y entonces me acordé de estas palabras del Eterno: «Dé el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y descienda del cielo ceniza sobre tí hasta que seas desmenuzado.»

Esta fué la tierra que enseñó Dios á Moisés desde la cima del monte Nebo, diciéndole: «Esta es la tierra por la que juré á Abraham, á Isaac y á Jacob, diciendo: «A tu linaje la daré. La has visto con tus ojos y no pasarás á ella.» Tanto valdría enseñarle ahora los desiertos de Arabia. Si Dios mostrase á Moisés el estado actual de la Tierra Prometida podría también decirle: «Héla aquí oprimida por mis maldiciones... y bien sabes por qué.»

Tal es la descripción exacta de aquella comarca; en la primavera puede la llanura estar más ó menos cubierta de verdor; pero en la primavera como en otoño no puede haber ciudades, aldeas, árboles, campos y habitantes para cultivarlos. Dios lo dijo: «Reduciré á desierto vuestras ciudades, y haré yermos vuestros Santuarios, y no recibiré más olor suavísimo. Y destruiré vuestra tierra, y se pasmarán vuestros enemigos sobre ella, cuando fueren habitantes suyos... Cuando estuviereis en tierra de enemigos, vuestra tierra reposará, y descansará en los sábados de su soledad, por cuanto no reposó en vuestros sábados, cuando habitabais en ella.» Lo único que, rompiendo la monotonía, conforta la vista fatigada y distrae el ánimo entristecido es ver en lontananza algunas casas de Belén, y dominándolas la cúpula de la iglesia de Navidad. Allí se realizó el hecho más grande de la historia humana: allí nació el Redentor. ¿Quién le hubiera dicho al soberbio rey de Judea que siglos y siglos después de quedar igualada con el suelo su morada favorita, arrebatando el viento su último resto, el establo donde nació el pobre Niño á quien aquel monarca persiguió con crueldad, sería venerado por todos los pueblos del orbe? Hace más de dieciocho siglos que la humanidad rescatada se inclina todos los años ante la cuna del Niño-Dios, ante el pesebre de Belén!...

Grandes son las sorpresas que esperan siempre en tierra Santa al



V. Labielle, S. S.

Salvador Ribas, Editor

BETHLEEM

A. Serina, dib.

consciente cubría este grandioso paisaje desde sólo resonaban la soledad y la desolación. A excepción de las ruinas negras de Belén, yo no veía ningún lugar habitado, ninguna casa, ninguna árbol, ni siquiera un tallo de hierba. El mar Muerto estaba a mi pies como un sombrío abismo que parece ocultar la memoria de los cráneos que vacubre. En los valles no resonaban los cantos de los pastores, y al ensanchar ni removía sus olas, ni exhalaba el menor murmullo. Las elevaciones de la llanura parecían montones de ceniza y polvo, la gran llanura que había sido borrado de la herencia de Judá un pecado castigado por la cólera de Dios. Y entonces me acordé de estas palabras del profeta: «Dé el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y desmenua del cielo ceniza sobre ti hasta que seas desmenuzado.»

Esta fué la tierra que enseñó Dios á Moisés desde la cima del monte Nebo, diciéndole: «Esta es la tierra que juré á Abraham, á Isaac y á Jacob, diciendo: «A tu llanura la daré, pero no la verás con tus ojos y no pasarás á ella.» Tanto valdría enseñarles desde los desertos de Arabia. Si Dios mostrase á Moisés el estado actual de la Santa Prometida podría también decirle: «Héla aquí opacada por las desolaciones... y bien sabes por qué.»

Tal es la descripción exacta de aquella gran llanura que en primavera puede la llanura estar más ó menos cubierta de flores, pero en la primavera como en otoño no puede haber ciudades, campos, escuelas, campos y habitantes para cultivarlos. Dios la dejó desierta á desierto vuestras ciudades, y haré yermos vuestras ciudades, y no recibiré más eor ruego. Y destruiré vuestra tierra, y os desmenuarán vuestros enemigos sobre ella, cuando fueren destruidos. Cuando estuviésemos en tierra de enemigos, vuestra tierra quedará desierta en los sábados de su soledad, por cuanto no reposaréis vuestros sábados, cuando habitabais en ella.» Lo único que, rompiendo la monotonía, conforta la vista fatigada y distrae el ánimo entristecido es ver en lontananza algunas casas de Belén, y dominándolas la cúpula de la iglesia de Navidad. Allí se realizó el hecho más grande de la historia humana: allí nació el Redentor. ¿Quién se hubiera dicho al soberbio rey de Judea que siglos y siglos después de quedar ignorado en el seno su morada favorita, arrebatando el viento su último resto, el establo donde nació el pobre Niño á quien aquel monarca perseguía con crueldad, sería venerado por todos los pueblos del arbe? Hace más de mil ochocientos años que la humanidad rescatada se inclina todos los años ante la cuna del Señor Dios, ante el pesebre de Belén!...

... con las sorpresas que esperan siempre en tierra Santa al



A. Serfiá, dib.

BETHLEEM